



LA MONARQUIA

DIARIO POLITICO

PRECIOS DE SUSCRICION

En Ferrol, un mes, una peseta.—Provincias, trimestre, cuatro pesetas.—Ultramar y extranjero, trimestre, nueve pesetas.
La correspondencia se dirigirá al Director del periódico.
No se devuelven originales.

REDACCION Y ADMINISTRACION: SINFORIANO LOPEZ, 158 PRAL.

FERROL: Sábado 21 de Enero de 1888

ANUNCIOS

La línea de una columna en la cuarta plana, cinco céntimos de peseta.—La de dos columnas doce céntimos.—En la tercera plana pagarán el doble.—A los suscritores se les hace una rebaja de un veinticinco por cien.—Comunicados á precios convencionales.

NUM 338

CARTA DEL SEÑOR VRAI

Sr. Director de LA MONARQUIA.

Ferrol 16 de Enero de 1888.

Muy señor mío y de mi consideración más distinguida:

Sea lo primero mi homenaje de gratitud profundísima á la benevolencia con que V. ha acogido mi carta-protesta en la que rebatía algunas apreciaciones de su ilustrado colaborador el señor Robles Fortes: si algo hubo de obligarme á coger la pluma por segunda vez, ha sido, más que nada, la estremada galantería de los juicios que á V. he merecido, no por muy autorizados menos injustos.

Obedezco, pues, gustosísimo, á la escitación que V. nos ha dirigido al señor Robles y á mí, ratificando hoy, ya que desgraciadamente es necesario, las opiniones por mí emitidas y circunscribiéndolas á los estrechos límites de que no quiero que salgan, y de donde no saldrán, pese á la paciencia con que la pluma vibra entre los dedos, ansiosa de vaciar confusa y atropelladamente el torrente de ideas que de la mente brota y que la pasión aguijara, si no se estrechase en la valla de una prudencia más fácil de invocar que de obedecer.

Mucho deploro que el señor Robles no haya intentado rebatir los conceptos de mi primera carta. Prometiame yo de antemano, como niño goloso, paladear á un tiempo las dulzuras de la forma y las bellezas del fondo, admirar juntamente la galanura del escritor y la rectitud de líneas que imprime á sus obras una inteligencia vigorosa y creyente, empapada en aquel admirable espíritu que hace de las epístolas de San Pablo gratísima lectura para el descreído é insustituible vigorizador de la fé para el cristiano.

Me descontento ha sido grande al leer hoy en LA MONARQUIA la carta suscrita por D. F. Franco, quien desea «no se diga que no existe en esta capital alguno capaz de salir á la palestra en defensa y sostenimiento de sus queridas creencias.»

Felizmente para esas creencias, existen centenares de inteligencias poderosas, que no confunden, como el señor Franco lo hace, el campo teológico con el filosófico, que no malgastan el tiempo intentando imponer un criterio dado en la interpretación de la Escritura al polemista que desde un principio y con toda franqueza proclama á su razón como única autoridad al interpretar y que por esto se llama libre-pensador; que no empieza por exigir, como quiere el señor Franco, la definición concreta del dogma fundamental tri-unitario. Esos ilustres pensadores, siquier lleguen á tales consecuencias, las deducen más ó menos laboriosamente de la crítica filosófica de las condiciones y atributos de la Divinidad, pero no las adelantan prematuramente, ni arguyen á un libre-pensador que Jesús dijo esto ó aquello al príncipe de los apóstoles, cuando nadie que haya recibido las más elementales nociones de exégesis ignora que sería necesario analizar precisamente las razones aducidas por los padres del concilio de Nicea, al proclamar la autenticidad de los cuatro evangelios admitidos y rechazar los cincuenta y tantos examinados.

Pero ¿á qué seguir por este camino que nos llevaría muy lejos y se prestaría á infinitas divagaciones? De seguir al señor Franco en el incoordinado torbellino de sus preguntas, después de todo estériles, entraríamos en el campo teológico para no salir de él, engolfados en el análisis del dogma y el señor Franco, como español, no debe, no puede ignorar que los vebrages al dogma han recibido severa sanción en el Código vigente. Séame permitido, pues, pasar ante esos dogmas, como he pasado hasta aquí con el respeto y la corrección de frase que han sido posibles, y que niegan los hombres bien nacidos á aquello que para sus semejantes es sagrado é inviolable, lo mismo en los países en que la voz del muezzin llama á los fieles á la oración, que en aquellos en que el alegre clamoreo de las campanas coronadas por la cruz inunda de regozijadas notas el corazón del católico.

Si al señor Franco le contraria que no le siga al terreno dogmático, lo que podría tener inconvenientes para la publicación que ha dado hospitalario albet que á mi pluma, á mí me contraria de

igual modo, pero acato la legislación que han inspirado los compañeros del señor Franco, que hoy son los más, cierto es también que ya fueron más de los que son. Lamentemos juntos que no sea lícita una amplia polémica y felicitemos el comunicante de que en cambio sea permitido al más ignorante clérigo de aldea denostar é injuriar las ajenas creencias, despachándose á su gusto ante los sencillos oyentes que le escuchan como á un oráculo.

Limitándome, pues, al terreno de los principios, en él me será permitido contestar satisfactoriamente al señor Franco.

Si tienen VV. de la justicia divina una idea tan elevada como el que más la tenga entre los católicos (cómo no temen ponerse en comunicación directa con tan imponente y magnífico señor?)

Lugar era este de hacer un detenido examen del clero que no abriga tal temor, pero huyendo de tan espinoso terreno, diré tan solo, que no tememos, porque para nosotros carece de significación el verbo temer aplicado á la divinidad, á la cual solo podemos amar. Cuando se ama mucho á un ser, no se le teme: un sentimiento excluye el otro. Siquier la comparación sea desproporcionada, así como la púdica y débil doncella se une en lazo eterno al atlético guerrero, y no le teme por que le ama (y esta palabra lo dice todo), así como el indefenso pajarito picotea cariñosamente la mano de su dueño, que puede aplastarlo con una débil presión de sus dedos; así como el pequeñuelo teje sus brazos de nieve en derredor del cuello paterno, en cuyo curtido rostro estampa los rosados y sedosos labios; así como la debilidad y la fuerza se buscan y se complementan, cual nos los pinta la teogonía griega y la mitología romana, de la misma manera nosotros no tememos ni vacilamos un solo instante en acudir directamente á depositar nuestras peticiones en el seno del más amoroso de los padres, del más bello de los amantes, del más poderoso de los amos. Si inmensa es la distancia, basta á suplir la pequeñez del uno la infinitud del otro. A cambio de este escaso de confianza en la misericordia divina, como tal infinita, como tal inagotable, respetamos á Dios lo suficiente para no hacerle bandera de las mezquinas luchas de microscópicos seres; no invocamos su nombre al alfombrar con los huesos de nuestros hermanos las montañas del Norte; ni para armar con el puñal la mano regicida de Ravallac, no para aspirar á la dominación de nuestros semejantes, ni para autorizar con nuestra presencia el que un poder civil, miserable esclavo del poder religioso, tueste en horrible sacrificio la carne de hombres y mujeres únicamente culpables de pensar de distinto modo que nosotros; ni para obligar á Felipe III á expulsar de la empobrecida patria todos los brazos útiles á la agricultura y la industria; ni en fin, profanamos, ultrajamos y envilecemos el augustísimo nombre de Dios, como alguna religión que se dice depositaria única de la verdad, poseedora de la noción exacta de la Divinidad.

Si á V., señor Franco, le fuese posible, que no lo es, ver todo esto, apreciar en lo que vale el espíritu de concordia y tolerancia que anima á los libre-pensadores, no hubiera V. estampado nunca las siguientes líneas que parecen escritas pocos años después de la Egría. «Soy intolerante, lo confieso; el hombre que ama á sus semejantes no puede ver tranquilo é indiferente que caminan quizás inconscientemente á su ruina. Exijo responsabilidad inmensa á las leyes de la Nación que no evitan y reprimen con vigorosa y enérgica mano hechos tamaños; exijo responsabilidad inmensurable al Estado que tales abusos consiente y no cuida de la salud espiritual de sus hijos, abandonándolos en los brazos de la falsedad y permitiéndoles respirar una atmósfera empozoñada.»

Lo mismo, exactísimamente lo mismo que usted discurren en el Japón al martirizar á los pobres misioneros católicos, recientemente canonizados: lo mismo, exactísimamente lo mismo que V. discurren las tribus salvajes que defienden su disparatada religión asesinando á los catequistas católicos y protestantes.

Es decir, señor Franco, que V., que tan alta idea tiene de la Divinidad, que V. que se dice poseedor de la única y verdadera fé, defiende en principio el procedimiento de los salvajes que im-

ponen su creencia al extranjero por el hierro y el fuego: es decir que V. adopta el lema de Mahoma: «Crée ó muere.»

Porque no sabemos que límites daría V. á esa mano enérgica y vigorosa, aunque lo presumimos.

Usted, por lo tanto, señor Franco, será cualquier cosa, todo, menos adorador de un Dios de paz; todo, menos discípulo del dulcísimo Jesús; todo, menos cristiano: pertenecerá V. al partido católico; pero no es en modo alguno discípulo de Jesús, que para nada mencionó ni usó esa vigorosa y enérgica mano, á excepción de una vez en que—repetirelo—arrojó del templo á latigazos á los mercaderes de cosas sagradas.

Hé aquí desenmascarado, dicho sea sin ambages, ni rodeos, ni galas del decir, el espíritu de dominación é intolerancia que hace odiosa una religión por tantos títulos defendible como la Católica, y que la coloca por debajo de ese disparatado cien piés que se llama protestantismo, mil veces más civilizado y tolerante en el día.

Hé aquí el espíritu que ensangrienta eternamente las páginas de la historia, que hace de la humanidad, de la patria, de la familia, teatro de inacabable lucha de fieras, que estirpa y desata los lazos de amor que las religiones todas deben primordialmente estrechar y fortalecer, que brota y reaparece á cada momento entre todas las capciosas premisas que Vds. establecen, y en las que con el resplandor artificioso del talco, brilla un aparente espíritu de amor y fraternidad que los hechos y las consecuencias desmienten.

Mas, dejando á un lado consideraciones de este orden, expuestas siempre á apasionamientos, ó de donde, ni como puede el señor Franco decir que el Estado tenga ni el deber ni el derecho de velar por la salud espiritual de sus administrados? De qué noción tan errónea de las funciones del Estado parte el señor Franco para llegar á la conclusión de que aquel pueda, en modo alguno, reprimir con vigorosa y enérgica mano la crítica de los principios y de las consecuencias del orden religioso, la exposición de teorías (falsas al juicio del señor Franco) de que el Estado, en fin, pueda convertirse en defensor y protector de ninguna religión cualquiera que ella sea?

De realizarse el deseo del señor Franco, de ser norma de la razón y del derecho la estúpida ley de las mayorías, vendríamos á legitimar la indefendible persecución del Imperio Romano á la naciente religión del Crucificado. De reconocer en el Estado ese ilusorio derecho, el Catolicismo no hubiera elevado en New-York su espléndida catedral; los embajadores y representantes de España en Constantinopla, en Tánger, en Teddo, en Pekin se verían privados de la celebración de su culto, y los sacerdotes católicos no podrían proseguir su activa y loable propaganda: la palabra religión sería el grito de guerra que hiciese imposible toda comunicación internacional, las exposiciones universales serían imposibles, el progreso y la civilización un mito, la humanidad entera, como atrás dejo dicho, una inmensa jaula de fieras que se devorarían sin tregua ni piedad.

Es este el bello ideal de la escuela que defiende el señor Franco? Séalo ó no, es legítima consecuencia del pretendido derecho del Estado á reprimir con vigorosa y enérgica mano la propaganda de una religión distinta de la profesada por la mayoría de los ciudadanos.

Felizmente no llega á tan lejos, como el señor Franco desea, la función y el derecho del Estado y el negar esta limitación de las funciones del Estado, exigirle que se convierta en director espiritual, es una teoría insostenible, es igual á destruir todas las leyes y principios fundamentales de la filosofía del derecho, tan brillantemente asentados por todos los tratadistas, desde Ahrens á Savigni, desde Hegel y Kant, hasta Grocio y Heinecio.

Ahrens, muy especialmente, en su tratado del Estado, después de consignar que «el estado de los espíritus se encamina cada vez más á separar el orden religioso y político, á poner á ambos en un pié de igualdad, á impedir las usurpaciones del uno contra el otro», añade: «La verdadera cuestión está en donde debe empezar y concluir la verdadera acción del Estado: los dominios de la religión, de la moral, de la cuestión intelectual, están bajo este aspecto fuera del Estado, y solo se engranan con él, porque él debe arreglar las justas relaciones de estas esferas entre sí.»

Habría interminable este artículo si hubiese de consignar aquí de los pocos tratadistas de filosofía del derecho que puedo consultar y solo añadiré la de uno aceptado como texto en la Central durante la más reaccionaria época de nuestra historia.

«Por lo que respecta á la religión, tampoco el Estado la impone, ni siquiera tiene la facultad de definirla; pero si de reglamentar las formas externas, de cuidar que en el ejercicio de ella no se conculque la noción moral.»

El Estado, pues, que usurpa la función de dirigir espiritualmente las conciencias, que impone á éstas una creencia determinada, y que no se limita á garantizar el ejercicio de todos los cultos, subvencionando, todo lo más, si á ello se hubiese obligado, aquel que profesan la mayoría de los ciudadanos, ese Estado comete una flagrante transgresión del derecho público, y las transgresiones del derecho público son la legitimación de los procedimientos de fuerza, ante las eternas leyes de la conciencia y del derecho universal.

Además; cuando una creencia flaquea, cuando el número de adeptos de una idea disminuye, no es la imposición el mejor medio para contener la desbandada que se inicia entre los prosélitos: la historia lo demuestra palpablemente; el castigo, la persecución de una doctrina es el más favorable medio de fomentar y propagar la idea perseguida. Tan persuadido de ello estoy, que yo, ardiente y convencido libre-pensador, pido á Dios tarde mucho en ser consignada la absoluta libertad de cultos en el código fundamental del Estado: la sanción penal es para nosotros fertilísimo roció que nos multiplica.

No menos vivamente deseo que V. y sus adeptos, desconocedores en absoluto de sus verdaderos intereses, del camino que les conviene seguir, continúen escribiendo con vigorosa y enérgica mano comunicados como el de V. henchidos de intolerancias, de egoísmos y de amenazas, que no llevan el convencimiento al ánimo de nadie, que no convierten á un estraviado y aumentan prodigiosamente el número de los que dudan y mucho más el de los que desertan.

Convengamos, amigo señor Franco, en que el resultado de las intransigencias de Vds. es desastroso, en que á pesar de las virtualidades y energías que yo reconozco en el catolicismo, el abandono de su clero por una parte, y por otra sus ásperas y repulsivas formas, en horror á los modernos estudios y á la controversia científica, salvo honrosas excepciones, el sello y carácter especialísimo que imprime á sus polémicas, preñadas de execraciones y amenazas, su afición á entregarse al placer solitario y estéril de hacer novenas para los que están sobrado convencidos y que en modo alguno atraen á los que no lo están, su estraviada tendencia de dirigirse preferentemente á las ancianas y á los niños, desdenando la atracción de los elementos viriles y pujantes, del militar, del marino, del trabajador, del hombre de ciencia, del comerciante, en una palabra, de las fuerzas vivas de la sociedad, nos dan hecho el camino.

Y el descrecimiento cunde, el ateísmo (que es lo peor) se extiende cada vez más, y los libre-pensadores, diré parodiando á Tertuliano, nos multiplicamos y pululamos por todas partes; invadimos el libro, el periódico y la tribuna, llenamos el parlamento, la cátedra, el foro, el colegio y el taller, el cuartel y el buque; nuestros periódicos hacen una tirada quince veces mayor que los católicos; tenemos dinero para fundar escuelas laicas, para hacer ediciones económicas de nuestros libros favoritos, protegemos á nuestros escritores perseguidos, nos arrebatamos una tras otra doce ediciones de las obras que tienen la fortuna de ser anatematizadas, contamos con ilustradísimos sacerdotes, en apariencia católicos, porque se ganan la vida entre Vdes. y la obra adelanta, y el espíritu de la civilización y del progreso asienta y deslumbra allí donde es mayor el número de habitantes libre-pensadores. Dígame sinó la culta Barcelona, centro y cuna de todos nuestros trabajos, que se apresta á asombrar á Europa con el titánico esfuerzo de una exposición universal, que parecía irrealizable en la agitada y empobrecida patria del imbécil Carlos II y del astuto Padre Hitard.

Ni aun el derecho les ha quedado á VV. de llamarnos ignorantes (á excepción de mi humilde persona, que reconoce serlo mucho) puesto que

